



Maldita mi ciudad

Gema del Prado Marugán - Miguel Martín Cruz



Presenta

Colección  A sangre



Maldita mi ciudad

Miguel Martín Cruz
Gema del Prado Marugán

Créditos:

Maldita mi ciudad

Primera edición digital: junio 2016

Código: 9785400038635050079

Autor: Gema del Prado Marugán
y Miguel Martín Cruz

Ilustración de portada: Pedro Belushi

Prólogo: Óscar Pérez Varela

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

Gema y Miguel, Miguel y Gema... Estoy un poco harto de los halagos que reciben estos dos, sinceramente.

Siempre que encuentran tiempo para enviar algún texto a un concurso es lo mismo: que si han mezclado detalles de la realidad más cercana en los que nadie había reparado con el tipo de fantasías que sus personajes verían a las tres de la mañana en un canal perdido de la tele, que si ambos conceptos empastan perfectamente y consiguen un estilo nuevo, que si conocen muy bien los temas que tratan y los mezclan de modo vanguardista controlando tanto la construcción como el ritmo narrativo, que si no se burlan de la miseria de sus personajes sino que les dan voz, que si encuentran lo extraordinario en lo cotidiano, que si premios como favoritos de los lectores, que si esto que si lo otro...

Vale, sí, todo eso es verdad.

Es cierto que a ninguno de los cuatro millones de sus conciudadanos se nos había ocurrido nada parecido, que tienen una visión única y han

inventado una forma diferente a cualquiera anterior de codificar la realidad del aquí y ahora, lo cual le deja a uno sin referentes para encuadrarles, porque no vale la documentación que uno encuentre sobre realismo sucio o mágico, género negro o fosco, psicogeografía o tono ballardiano, fantasía o ciencia ficción, esperpento o picaresca... Hay algo de todo eso en sus relatos, pero lo que escriben es un tipo de historias que han inventado ellos y que no existía antes, no es ficción derivativa de ningún tipo. En ese sentido, lo único que se puede aportar aquí es que el título de este su primer libro recuerda, no sé si a modo de declaración de intenciones, cerrando un círculo a la vez que ellos abren otro, o por casualidad, al de la última gran obra de los autores de fantástico a cuatro manos más apreciados: *Ciudad Maldita*, de **Arkadi y Boris Strugatski**.

Tras el éxito de sus relatos por separado, Miguel y Gema crearon juntos un detective de lo sobrenatural que era también un punto de vista único para los lectores desde dentro del contexto. Enseguida, su personaje *Solo* se convirtió en el más popular de las antologías españolas y, en los foros, los lectores preguntan a menudo por sus nuevos casos. El carismático investigador asoma brevemente por las

páginas siguientes, pero de un modo discreto, acaso cediendo los focos a la auténtica protagonista del libro por respeto a ella. Parece que va a terminar siendo un referente ineludible del fantástico actual, así que yo cité a *Solo* en uno de mis relatos. Pensaba que la dupla iba a enviarme una legión de cobradores para exigirme que les pagase derechos de autor pero, en lugar de eso, me encargaron un prólogo, y en esas estamos.

No es que les tenga envidia como escritores, ni muchísimo menos; eso es una leyenda negra. De hecho, ni siquiera estoy insinuando que no sean buena gente. Conocí a Gema y Miguel en una cena y parecían una pareja agradable y sensata. Lo que pasa es que no había quien entendiese por qué Madrid les había entregado a esos dos la tutela de *Solo*. Al fin y al cabo, en esta obra, los autores nos advierten sobre Madrid, como si la ciudad fuera una mala mujer a la que no conviene acercarse: en el barrio, el panadero habla de sus oscuros orígenes y estos siguen afectando a matrimonios que nunca debieron celebrarse; esconde en secreto sus reuniones con millonarios vestidos de gris; se ríe de los adolescentes frikis que la miran de soslayo mientras hacen como que leen libros de **Lovecraft** con

solamente un poco menos de saña que de los representantes públicos que se disputan el poseerla; se encapricha de animales peligrosos que después abandona; descuida a quienes dependen de ella y no es capaz de intimar con nadie salvo por su propio beneficio. Nunca la tendrás aunque la veas a cada paso, lo saben los drogadictos que esperan temblorosos en la estación de Pitis, las vagabundas que empujan carros misteriosos y los que venden ceniceros hechos con latas oxidadas desde sus aceras en Gran Vía. Cuando no hay verbena, se entretiene en botellones por los bajos de Argüelles y utiliza a las personas arruinando vidas sin apenas inmutarse. Es despiadada, amoral, supersticiosa y sucia.

Miguel y Gema la conocen mejor que nadie, saben sus motivaciones y lo que piensa en cada momento. Ellos han reparado en los gestos que la hacen diferente a cualquier otra, en las señales que ocultan sus pintadas, las luces con las que intenta dar un aspecto menos amenazante en Navidad, los secretos que arrastra por la M-30... Gema y Miguel han encontrado poesía en la música que escucha desde el móvil con los patinadores del Retiro o la Fuente del Berro, y han paseado por su corazón, entre Bilbao y La Cava, observando esos gestos

íntimos que pasan desapercibidos a la mayoría y cautivan a unos pocos. Saben de sus vicios, sus pesadillas, sus sueños surrealistas y de los detalles de ella que se clavan en lo más profundo de quien se cruza en sus caminos. Nos presentan Madrid como alguien demasiado nihilista para tomarse a sí misma en serio, que no diferencia del todo hechos e imaginación, quizá por los excesos que lleva tiempo cometiendo. Han mostrado la belleza desgastada de esta ciudad, convirtiéndola en subyugante protagonista de su primer libro, hecho de estampas insólitas que muestran posibles mitos futuros donde los demás ven solo la chata realidad. Es un retrato descarnado, pero parece que Madrid lo encontró halagador. Así es ella, está llena de contrasentidos: te golpeará tan fuerte como pueda, pero después su suelo te sostendrá si te derrumbas.

No me gustaría ser impertinente. No quiero alimentar esa idea de que hay cierta tirria entre los escritores pero, de hecho, creo que Gema y Miguel, con este libro, se ganaron la confianza de Madrid, la madre espiritual de *Solo*, para que así les confiase a ellos su porvenir. Todo el mundo dice que lo están haciendo muy bien como mentores, que el tal *Solo* tiene una proyección enorme y, con los años, si no le

dan por perdido, se convertirá en una auténtica figura en su campo. Sin embargo, en mi sincera opinión, y pese a los esfuerzos de sus tutores, sigue siendo el vivo retrato de Madrid, su madre anímica y espiritual, descrita a lo largo de esta obra: *Solo* ha heredado de ella la guasa desesperada de quien no tiene nada que perder.

Ya me conozco el resto: esta recopilación se convertirá en el nuevo éxito de culto de *Saco de Huesos*, habrá más gente que descubra a sus autores, seguirán conquistando lectores a cada nuevo escalón de popularidad que suban, probablemente llegará el reconocimiento en forma de premios y menciones, que si buenas críticas, que si esto, que si lo otro...

Es un eslabón más en una carrera que llamó la atención desde las primeras líneas y, visto lo visto, seguirá creciendo exponencialmente. No digo que me parezca mal, pero para Gema y Miguel es fácil, así cualquiera. Tienen imaginación, conocimientos, sensibilidad y equilibrio para ver la ciudad fríamente. Mientras, Madrid va dejando manchas de carmín barato en colillas y restos de migas de panecillos de San Antón o patatas compradas en los chinos, sin hacer distinciones entre unos y otros, al borde de vasos de plástico que aparecen tirados por

Lavapiés apestando a alcohol, cuando aún resuenan los ecos de sus tacones adquiridos en El Rastro.

Nos han mostrado esta ciudad, la madre de *Solo*, como nadie lo había hecho antes. He buscado compulsivamente defectos de ambientación e imprecisiones geográficas en este libro –conste que por hacer un servicio a los autores señalándoselos, no porque quisiera regocijarme con ello, por supuesto–, pero no he encontrado ninguno, aunque sí muchos aciertos creativos. Reconozco lugares y personajes, pero el punto de vista es único.

Eso sí, debe quedar claro que no lo digo por tirria, pero, probablemente, hayan conseguido el efecto contrario al deseado con sus advertencias. Después de esto, Madrid tendrá aún más incautos enamorados siguiendo sus pasos. Quien esto escribe, por lo menos, tras leer estas páginas siente aún más intensamente por esta maldita ciudad...

Óscar Pérez Varela

De Miguel:

*Para las tres gatas de mi vida: Conchi, Petra,
Gema.*

*Para mi padre, Víctor, Vane y Miguel A.
Y para Inés, la nueva gatita de la camada.*

De Gema:

*A los abuelos por poner los cimientos del ayer.
A nuestras madres por darnos las piedras más
sólidas.*

*A todos los que han ayudado y ayudarán a que la
muralla resista,
que sois todos los que estáis aunque no estéis
todos los que sois.*

*Gracias por no dejarnos solos, ni de cualquier
manera.*

*Isabel y Lara, no os va a quedar más remedio que
leeros estas páginas también.*

*Miki, pocos soportarían con tanta entereza esas
largas disertaciones sobre bolsillos.*

Y mis muros de fuego son

*Y volveré a ver el cielo,
y tú, estarás diez metros bajo el suelo.*

*Y tocaré de nuevo el viento,
y tú, estarás diez metros bajo el suelo.*

Boikot

El aire invernal se impregna de cenizas y pavesas. Su cuerpo pequeño se desliza flotando a un metro del suelo, desafiando la gravedad. Ahora puede oír las cascadas de agua brotando violentas a través de simas ciclópeas, el coro de voces sobreponiéndose a los cantos de las sirenas. «De fuego». Sus manos abrasadas se agarran a los bordes metálicos de la camilla cuando los asistentes del SAMUR la introducen en la ambulancia. «De fuego». Abre los ojos y su mirada sobresalta al auxiliar que se afana en aplicarle en los brazos un suave vendaje cubierto de pomada. El auxiliar resulta ser muy joven y delicado, y el vendaje, un fugaz alivio: la carne absorbe el frescor del unguento de inmediato. «De fuego». Ella es fuego y arde. Sus labios

ampollados esbozan una dolorosa sonrisa. «Puedo quemar esta camilla con mi cuerpo», piensa. «Voy a consumir el algodón de estas sábanas entre mis piernas ardientes. Voy a fundir este acero hasta que de él no queden más que charcos de metal candente; charcos que atraviesen el suelo del vehículo; charcos que corran por el asfalto y se enfríen ante el glacial roce de los dedos del invierno.» La presión en las mejillas le advierte acerca de la mascarilla de plástico que alguien le ha colocado en algún momento. También hay una vía saliendo de la amalgama de carne y gasas que es su brazo izquierdo. «Yo puedo. Puedo hacerlo arder todo», se dice antes de que la neblina que precede al sueño químico enturbie sus pensamientos. «Porque mis muros de fuego son».

Son las nueve menos diez cuando el teléfono verde del salón, una *rara avis* del hogar en los últimos meses, la reclama con su timbre estridente. Lola detiene el movimiento circular del cucharón. Lleva ya más de dos horas inmersa en el burbujear de los caldos y el chisporroteo del aceite, al calor de las ollas, entre sartenes y pucheros. Así que reacciona de forma instintiva ante ese sonido inusual que viene a romper la monotonía de otra tarde en la cocina. «Lo

más seguro es que alguien se haya confundido, o que se trate de algún trasnochado comercial vendiendo maravillosos contratos telefónicos», se dice. Y sin embargo, sus manos tiemblan de excitación y su corazón late muy deprisa, y se da cuenta de que quiere contestar a esa llamada. Todavía duda unos instantes: la cena, la maldita cena en el fuego. Entonces ese antiguo carácter indomable suyo surge de pronto, tan natural, y decide por ella. Que no se va a echar a perder la cena de Antonio por dedicarle unos minutos al aparato. Apenas tarda tres timbrazos en bajar el fuego, correr atropelladamente por el pasillo y golpearse el brazo con el marco de la puerta al entrar a trompicones en el salón. Descuelga el auricular al mismo tiempo que examina apesadumbrada la zona del impacto: mañana su codo izquierdo lucirá un bonito cardenal.

—¿Hola? ¿Lolilla?

Reconoce la voz de su hermana y otra vez el maldito corazón, que le da un vuelco en el pecho. «Cállate». «No me delates, traidor». Hace casi tres años que no ve a Ana. No ha vuelto a hablar con ella desde las últimas Navidades, cuando las gélidas felicitaciones que intercambiaron vía telefónica dejaron patente el distanciamiento de ambas

hermanas. Y es que Ana no la ha perdonado por casarse con Antonio, ni lo hará. Peor para ella. Lola también tiene su orgullo; ahí está, escondido casi todo el tiempo, pero listo para morder... siempre que puede.

—¿Lola? ¿Eres tú, Lolilla?

Lola contiene la respiración y sujeta el auricular, sin atreverse a contestar. CLIC. Cuelga antes de que su hermana pregunte por ella una vez más. Aún se queda frente al teléfono dos, tres, cinco minutos. Temiendo que suene de nuevo. Deseando que suene de nuevo. Unas cuantas gotas de sudor perlan su frente. El único movimiento proviene de los dedos de la mujer enredando y desenredando las cintas del delantal anudado por encima de las redondeces de su vientre. Ha echado algo de tripa y sabe que eso no es bueno. Si continúa engordando a ese ritmo, despertará atenciones no deseadas. Quizá si le pide al médico que le prescriba una buena dieta anti-grasa... Y algo de ejercicio, si encuentra un horario que le permita cumplir con sus obligaciones en casa. A Sandra la de la portería dos horas semanales de aeróbic parecen haberle sentado genial, en todos los aspectos. Lola la ve salir los martes y los jueves a las ocho de la tarde con una sonrisa en los labios y

siente una punzada de envidia. A esas horas, sus manos están ocupadas pelando patatas, cortando verduritas para el estofado o removiendo las perolas de caldo. Si pudiera escaparse entre las cinco y las seis... El teléfono no ha vuelto a sonar, pero la sintonía del Telecupón en el televisor de los vecinos se filtra con estruendo a través de las paredes y Lola es devuelta a este plano de existencia a golpe de fanfarria catódica. Basta de preocuparse antes de tiempo; mejor centrarse en el aquí y ahora. ¡Son las nueve de la noche y Antonio no tardará en llegar!

—Dímelo. ¿Me quieres?

Lola apenas puede creer lo que le parece estar escuchando, las palabras que salen de esa boca que ella desea besar a todas horas. ¿Acaso le toma el pelo? Él tiene veintisiete años y ya lo sabe todo de la vida, conduce su propio coche desde los quince y, por si fuera poco, es el dueño absoluto de un fruncir de labios por el que cualquier mujer mojaría las bragas si tan solo él se lo propusiera. Lo mira embelesada, sin responder aún. Chulo. Es todo un chulazo. Y es suyo. Claro, resuelve al fin. Claro que lo quiere.

Unos ojos grises, casi negros, la examinan, escrutadores. Sus labios se estiran hacia atrás en una sonrisa tan juguetona como depredadora. «Qué dientes tan grandes tiene», piensa ella para sus adentros. Y Lola se estremece como una niña y sonrío a su vez. Ella también sabe sonreír.

—Mentirosa —dice él de repente, y es todo dientes. Su sonrisa congela la de Lola en su rostro. Porque allí hay algo que no encaja. Porque aunque esa boca sublime parece a punto de estallar en la carcajada definitiva, sus ojos no ríen—. Mentiroosa. Mentirosilla...

Salen juntos desde hace algo más de cinco meses y es la primera vez que Lola siente miedo a su lado. ¡Valiente tontería! Solo es el mismo chico decidido pero amable que abandonó aquella vida disoluta de rondar a las muchachas por ella cuando un amigo de su prima los presentó en aquella fiesta en el campus. ¿O no...? Esa noche, el coche, su coche, se ha hecho demasiado pequeño para los dos; el mirador al que él la ha llevado a ver las estrellas (ese secreto rincón en El Pardo donde los furtivos amantes se entregan a sus juegos hasta la extenuación sin temor a ser sorprendidos por inoportunos familiares) parece más inmenso, más amenazador. Lo siente respirar

sobre ella. Una de sus robustas manos, callosas, duras, de albañil, se cierra sobre su brazo derecho con la fuerza de unas tenazas mientras la otra cubre distraída uno de sus senos desnudos.

—Eres toda una mentirosilla... ¿eh? —Los dedos aprietan sin piedad y Lola suelta un quejido. Su mente es incapaz de discernir con claridad lo que está ocurriendo. ¿Qué tiene de malo su respuesta? ¿Acaso no era la que esperaba?

—No miento, Antonio. Te juro que no miento. —El dolor en el brazo y el pecho hace que se le salten las lágrimas—. Te quiero de verdad. No me hagas daño.

Para Lola transcurre una eternidad hasta que por fin sucede algo. Entonces Antonio afloja su presa, le alza el mentón y la besa con ternura. Limpia sus lágrimas, le cubre la cara de besos, la acaricia de nuevo con manos de amante devoto. Ella lo mira y vuelve a encontrar en él a ese moreno grandote y de aire chulesco, pero encantador, que la enamoró tras abordarla una y otra vez por los pasillos de la facultad. Lo abraza con fuerza y cierra los ojos. Él ya ha comenzado a moverse sobre ella. Te quiero, claro que te quiero.

–¡Simplemente no puedes impedirlo, mamá! –Lola sale de su habitación, furibunda y arrastrando una gran maleta roja—. ¡Antonio y yo nos vamos a vivir juntos!

Resopla agotada, apenas puede levantar semejante equipaje. La maleta, un extraño animal hinchido, parece a punto de reventar por las costuras. Ella ha cargado todo lo que le ha sido posible, no quiere pasar más tiempo que el indispensable en esa casa que ya no considera suya. Su madre la mira con la boca abierta desde el otro lado del pasillo. Ana se ha encerrado en la cocina con la radio a todo volumen. No soporta las confrontaciones donde el riesgo de perder es elevado y ha decidido que esta guerra no vale la pena lucharla. Una voz rota se alza entre los rasgueos quejicosos de una guitarra, inundando los espacios.

*Dolores se llamaba Lola,
hace la calle hasta las seis.
Pues sin dinero en esta tierra
¡Ay, Dolores! ¡Al burdel!*

–Apenas tienes veintiún años... ¡No sabes lo que estás haciendo!

–¡Soy mayor de edad, mamá! –farfulla mientras camina hacia la puerta–. ¡Se supone que ya hace tiempo que soy plenamente consciente y responsable de mis actos!

–Lola... –La madre corre hacia ella y la agarra de las mangas de la gruesa chaqueta de lana, intentando retenerla con la fuerza de unos dedos que empiezan a mostrar las prematuras huellas de la artrosis–. Sé que lo eres, hija.

Su tono ha cambiado, sus ojos la miran suplicantes. «Qué lista eres, mamá», piensa. A la mujer solo le queda ese lícito chantaje tan antiguo entre padres e hijos.

–Sé que eres perfectamente capaz de llevar las riendas de tu vida, de mantener una casa, de muchas cosas. Pero no ahora y con él, Lola. Por favor...

Las vueltas que da la vida.

El destino se burla de ti.

¿Dónde vas, bala perdida?

¿Dónde vas, triste de ti?

Lola se libera de su madre dando un brusco tirón que, a juzgar por el sonido, rasga en algún punto su chaqueta. Aquello la entristece: se la regalaron sus

padres cuando le concedieron la plaza en la universidad. La primera de la familia en cursar estudios superiores; todo un orgullo. El taxi la está esperando abajo y ella sabe que, si cede ahora, no podrá marcharse. Así que contiene la respiración y, sin mirar atrás, cruza la entrada del antiguo hogar. Las fuerzas que rigen el destino humano a menudo gastan bromas crueles, y para su suerte o su desgracia, ese ascensor que nunca está disponible cuando se lo llama abre ahora sus puertas para ella. Y como le falta tiempo para entrar y cerrar el habitáculo, Lola no acierta a ver las dos desoladas figuras que deja atrás en el umbral. El padre, que se ha acercado suavemente sobre su silla de ruedas, sostiene la mano que no ha podido sujetar a la hija y que tiembla con cada nuevo sollozo.

Dentro del ascensor, Lola ríe y llora a la vez. Ha dejado atrás a la niña vacilante para convertirse en la mujer que por fin toma las riendas de su vida. Y por Dios que le gusta. Es libre para decidir sin pensar en nada más, sin contar con nadie. Libre. Suena bien y se lo repite durante todo el trayecto en taxi. ¡Libre, libre, libre!

...¿Dónde vas triste de ti?

La nueva casa se levanta tres pisos sobre la acera y esquina con Gómez de Mora, una vía que en poco tiempo se ha erigido en uno de los accesos a La Latina más populares entre los jóvenes y los no tan jóvenes juerguistas. Acostumbrada a la tranquilidad de la periferia, donde los vastos descampados se extienden entre los núcleos de viviendas, Lola se siente bullir con la efervescente vida del centro madrileño. Antonio está realmente entusiasmado con el piso. Una verdadera ganga teniendo en cuenta dónde se ubica. Si bien es cierto que, al principio, le preocupaba un poco vivir relativamente cerca del núcleo de Carretas y Montera, coto de caza de los proxenetas y las meretrices que campan a sus anchas por las noches de la capital. Pero esta es una zona en expansión y un bocado demasiado apetecible para renunciar a él, y además el nuevo ayuntamiento parece haberle declarado la guerra al oficio más viejo del mundo. Sí, han hecho una buena inversión, sin duda.

Los primeros meses son los mejores. Se pasan el día reformando y amueblando el piso (no en vano, Antonio de construcción sabe como el que más) y las

noches son noches de risas, caricias y mucho, mucho sexo. A veces a Antonio le llaman para tal o cual obra y a veces Lola acude a alguna de sus «momentáneamente aparcadas» clases en la universidad. Los ahorros de ambos aún son más que suficientes para cubrir los gastos básicos y como el trabajo no le falta a su Antonio, se puede decir que viven al día y sin demasiados apuros. Y eso a pesar de la hipoteca, la luz, el agua... «Dios aprieta, pero no ahoga», suele repetir Antonio a modo de oración diaria para que a ninguno se le olvide lo afortunados que son de tener un hogar propio.

Lola descubre la pintura un sábado por la noche, y el hallazgo, como la mayoría de los grandes descubrimientos, resulta fortuito y providencial. Ese sábado han salido con unos vecinos de cañas y tapas, de ruta por esos alegres mesoncillos ocultos en los recovecos de la Cava Baja. Pero ella siempre ha tenido poco aguante con los licores y Antonio cree que ya han tenido suficiente fiesta ese día, así que dejan a sus vecinos en la Taberna de los Conspiradores para que continúen celebrando por ellos. Y aunque se han despedido entre risas etílicas y promesas de una nueva quedada, como otras tantas veces, acaban de llegar a casa y Antonio conserva

aún ese gesto terriblemente serio en el rostro. No ha pronunciado palabra durante todo el camino de regreso. Lola se aburre y se apoya en el murete mientras Antonio hurga en su cazadora buscando las llaves del portal, unos minutos de tediosa eternidad. Y es entonces cuando la ve por primera vez, allí frente a ellos, cerniéndose guardiana sobre la plaza. Esa obra, colosal, magnífica. Gloriosa. Achispada por el alcohol, Lola observa con fascinación cómo la imagen en la fachada del edificio adquiere profundidad ante sus ojos. Las líneas se difuminan y se imbuyen de movimiento, se escurren suaves entre el hormigón y la escayola. Fluyen, como el líquido cuando se escapa entre los dedos. De pronto, una inmensa roca ardiente surge entre las aguas para abatirse sobre ella. Las terribles llamas refulgen con nuevos colores que dañan su retina y las palabras revolotean a su alrededor como negros murciélagos.

Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son.

El portal se abre ante el embate de Antonio, y así este nunca llega a ver cómo Lola se arroja en su chaqueta, sobrecogida por la fuerza de una visión que, pese a tener tan cerca, es incapaz de comprender. ¿Y ella? Lola continúa frotándose los ojos mientras Antonio la guía escaleras arriba. La

risita queda de él, mezcla de condescendencia y superioridad, la molesta. ¿Qué se piensa el muy imbécil? No está tan borracha como cree. Tan solo esos vívidos colores en sus ojos, la sensación de vértigo, el sentimiento de pequeñez... Ya en casa, Lola cuelga su ropa con toda la pulcritud y el cuidado del mundo mientras Antonio se desnuda casi por completo (todo excepto los malditos calcetines), sin ningún tipo de pudor o consideración, y se mete en la cama, como cada noche. En menos de lo que canta un gallo, el colchón aúlla lleno de vida para detenerse poco después y respiraciones quedas y resoplidos llenan la habitación, como cada sábado. Solo que esta madrugada, los ojos de Lola permanecen abiertos hasta bien entrado el día, incapaces de apartar esa imagen, ahora irremediabilmente impresa en su alma para siempre.

El domingo se convierte en el último día feliz de su matrimonio. El domingo llega el fin del mundo y a ella la ha cogido desprevenida con unas ojeras terribles y una expresión de pura perplejidad por esa bolsa de estraza que su marido agita delante de sus narices. Antonio ha madrugado para traer churros recién hechos y a ella le toca preparar el chocolate

entre las brumas de una resaca demasiado cabezona. Cuando vierte el dulce en las tazas no se siente nada orgullosa de su hazaña. Mordiéndose los labios, deposita las porcelanas sobre la mesita.

—Vaya. —Antonio aparta el periódico y observa el chocolate—. Creo que te ha quedado poco consistente.

¡Poco consistente! ¡Por el amor de Dios! Si aquello tiene todo el aspecto del agua sucia de fregar. Y peor sabrá. Lola contiene la respiración. La mueca de disgusto cruza fugaz el rostro curtido y bronceado de Antonio, se aprecia un ligero fruncimiento de su boca sensual de chulo castizo. Después suspira, se levanta y tira el contenido de las dos tazas por el desagüe del fregadero.

—En fin... qué se le va a hacer, Lolilla. Anda, prepárate mejor unos cafés, antes de que esto se enfríe.

El café sí que parece café y además sabe como debe saber un buen café, y ello le pone de buen humor, y Lola sonrío porque sabe que, a pesar del chocolate, el día irá bien. Y más tarde, acurrucada junto a su hombre mientras ven juntos la película de la noche (otra vez *Señalado por la muerte* y el dichoso Steven Seagal; no entiende qué le ve

Antonio a semejante macarra) sentirá lo fuerte que es el aleteo de esas mariposas que llevan revoloteando todo el domingo en su pecho, el presagio de que las cosas están a punto de cambiar.

Hoy brilla fuerte el sol en el cielo a pesar de la inminente amenaza del frío, y la gente en las calles se muestra reacia a deshacerse de sus atuendos veraniegos. En la cola de la panadería, hasta las jubiladas más conservadoras aprovechan para lucir escotes generosos y dedos de uñas esculpidas asomando entre las tiras de las sandalias. La última moda, eso de decorarse las uñas, y cualquier atisbo del astro rey es aprovechado para mostrarle al mundo los estilismos de semejantes manicuras y pedicuras. Y si no sale el sol, pues también, qué más da. ¡Pero cuánto más vale la moda comparada con una pequeña posibilidad de congelamiento! Un chiquillo travieso chupetea un colín mientras su padre se esfuerza en despojarlo de su sudadera. El nene se ha pasado más de media fila correteando por toda la panadería y ahora suda como un pollito. El padre viste un polo de color añil y unos finos pantalones de lino; ya venía sudando de atrás. Por eso se vuelve una y otra vez a mirarla con extrañeza,

y no son pocos los que pronto lo están imitando, a esa joven mujer vestida con vaqueros negros, botas gastadas y un amplio jersey de cuello vuelto y manga larga que espera, paciente y cargada de bolsas, a que el señor Pelayo la atienda.

—Dichosos los ojos, Lola —saluda el panadero sonriendo a través de sus canosos bigotes—. Van a ser una de la casa y otra pequeña sin sal, ¿a qué sí?

Lola sonríe y asiente. Intenta ser amable, pero su gesto es cansado y su sonrisa, demasiado rígida como para resultar natural.

—Vaya cara que me traes hoy, chata. A la legua se ve que tú no me has dormido muy bien esta noche. ¿Y tan tapada tú, en pleno veranillo de San Miguel, cuando todos esos vejstorios andan enseñando tetamen? Si ya lo digo yo, «injusta es la vida que se lleva la belleza juvenil para devolvernos pellejos». Pero, oye, qué pálida estás. Mira a ver si vas a estar incubando algo...

—Qué buen ojo el suyo, señor Pelayo. No se le escapa ni una.

Lola siempre ha sido de naturaleza reservada. Ya desde bien pequeñita se le daba bien guardar secretos, y en el colegio era un valor seguro cuando alguna compañera necesitaba sincerarse sin hacer

públicos sus trapos sucios. No fue una sorpresa para su familia el día que anunció que quería estudiar Psicología. Todos confiaban en ella. Sus padres, su hermana, sus amigos. Todos menos Lola, claro. Esas dudas, las terribles, terribles dudas. ¿Cómo iba a ayudar ella a alguien a expresar sus miedos, sus emociones, si ella misma era incapaz de contarse nada? Y es que el peor enemigo de Lola siempre ha sido Lola. Esa Lola celosa de su auténtico yo que la ahoga hasta la parálisis. Así que no acierta a comprender muy bien por qué precisamente hoy, después de tres años de silencio, de evadir las preguntas que detesta responder, de no compartir ni un ápice de ella misma, se siente en la necesidad de continuar la charla con el panadero. Quizá sea el hechizo del rostro orondo y suave (¿alguien puede imaginar a un panadero, de los de verdad, que no posea un rostro orondo?), los ojos amigables y la cálida voz del señor Pelayo. «¡Calla, estúpida, calla!», le dice la voz. Por primera vez en mucho tiempo, Lola se rebela y decide no hacerse caso.

—La verdad es que no dormí muy bien ayer. Y creo que también ando un poco destemplada. Entre pitos y flautas, gracias a este dichoso insomnio, he debido coger algo del frío de la madrugada; y ese cala hasta

los huesos. Pero es que cada vez que cerraba los ojos me venía a la cabeza el grafiti ese que hay pintado en la plaza, justo enfrente de mi casa. Serán esos colores radiactivos que usan ahora, que se quedan grabados a fuego en la retina.

—¿Qué grafiti? ¿No será la pintura de la gran piedra de Puerta Cerrada, la Plaza de los Secretos?

—Ese, ese mismo. —Lola le entrega doscientas pesetas del interior de un pequeño monedero de piel vuelta—. Es tan... intenso. Tanto, que duele mirarlo. Aunque, la verdad, he de confesarle que me gusta verlo ahí todos los días cuando salgo del portal y cada vez que vuelvo a casa.

El panadero echa una ojeada a su alrededor. Se han quedado solos en la tienda, si exceptuamos a esa viejecita teñida de rubio platino que lleva examinando los paquetes de bollería industrial desde hace algo más de quince minutos. El señor Pelayo mira la hora en el reloj de la pared y echa sus cálculos: la anciana todavía tardará otros diez minutos antes de decidirse por la misma bolsa de picatostes de siempre. Después se inclina sobre el mostrador y se acerca a Lola hablando quedamente, como si fuera a revelar un secreto milenario del que solo ellos dos comparten el honor de ser partícipes.

—Bueno, verás, Lola, es que en realidad esa pintura es más de lo que parece. Es un símbolo, ¿sabes?

—¿Un símbolo?—susurra Lola.

—Un emblema. El primer emblema de la ciudad. ¿Lo sabías?

Lola niega con la cabeza. No, es evidente que ella no lo sabía.

—Y yo que me pensaba que siempre había sido el oso y el madroño...

—Bueno, en realidad la ciudad ha tenido muchos emblemas distintos. Pero este, este es el primero de todos.

—¿Y por qué la piedra en llamas saliendo del agua? Nunca he oído de volcanes submarinos en Madrid.

Lola se da cuenta de lo fuera de lugar que resulta su observación. Si a ello vamos, tampoco ha oído hablar de osos que justifiquen el escudo vigente. Los únicos osos que conoce son los tristes residentes del zoo y está casi segura que ninguno de ellos sabe lo que es un madroño.

Afortunadamente, el señor Pelayo es un sol y pasa por alto la impertinencia. No en vano sus años

hablan de la experiencia del padre y la paciencia del abuelo.

—Quita, quita, muchacha. ¡Menudas fantasías tienes tú!

Y el señor Pelayo le cuenta que en tiempos antiguos Madrid solo era una pequeña aldea nacida al amparo de una gran muralla de piedra. Y que según las fuentes, lo del fuego se debe a que esta muralla se habría tallado a partir de una gran formación rocosa, cuya composición mineral provocaba auténticas chispas al frotarse con cualquier otra piedra o metal.

—¡Mejor que un zippo cualquiera! —El señor Pelayo simula encender un mechero. Después se frota los bigotes, caviloso—. Y el agua representa la importancia del Tajo y sus afluentes en la vida de la región. En fin, si quieres saber más de todo eso, mejor que leas cualquier libro de historia. Pero si estás interesada en conocer la otra versión, la verdad que me contó mi abuelo...

Lola se sonríe. Incluso el tejido de la cotidianidad necesita de los pequeños secretos para sostener el entramado. Avanza dos pasos hacia el mostrador.

—Ven —dice el panadero bajando aún más la voz—. Deja que te cuente.

El cuento del panadero

Existe una leyenda no escrita que cuenta que hace mucho, mucho tiempo, toda la región se hallaba inundada por un gran lago. Sorprendentemente, este lago nunca vio decrecer su caudal a pesar de que nunca fue alimentado por río alguno, y que me aspen si el Tajo y sus hijos no fluían salvajes y libres, como los dueños y señores del paisaje que eran entonces. A causa de ello, las gentes de las inmediaciones y los peregrinos lo evitaban como la peste. Creían que el gran lago era en realidad un Sumidero del Diablo. ¿Qué? ¿No sabes lo que es eso? Pues uno de esos agujeros utilizados por los demonios para reconducir el agua de lluvia que se filtra a través del suelo. Imagina por un momento toda esa agua franqueando el último de los estratos, cayendo sobre el inframundo y apagando las llamas en las que se abrasan los condenados. Menudo caos, ¿no crees?

Pues según se dice, un pilluelo que una tarde pasaba por allí se sentó a orillas del lago a descansar y, como se aburría, comenzó a lanzar piedras al agua. Como pronto se le acabaron los proyectiles y no encontraba ninguno de su agrado alrededor, no se le

ocurrió más que comenzar a lanzar las cuentas de un rosario que le sisara al cura de un pueblo cercano. Entonces sucedió que estalló un gran trueno, la tierra se agitó con violencia y una inmensa roca emergió de las profundidades del lago hasta cubrir con su mole el agujero que tanto tiempo les había costado excavar a los demonios.

Las maravillas no acabaron allí, no obstante. Cuando aquel gigantesco peñasco terminó de salir de las aguas, comenzó a oscilar para instantes después estallar en magníficas llamaradas que secaron el remanente de aquellas aguas corruptas y purificaron el lugar. El pilluelo, testigo de tal prodigio, se arrepintió de todas sus malas acciones y corrió por los montes dando las buenas noticias por todos los pueblos vecinos. Pronto el lugar se llenó de una muchedumbre ansiosa por vislumbrar el milagro. Y todos se asombraron mucho cuando un hombre santo y venerable, armado de gran valor, tocó la piedra con sus manos desnudas y les dijo que era cálida y suave, como lo son todos los hogares, y que esa era una señal que les había sido dada para que hicieran de aquel lugar purificado su nuevo hogar. Algunas versiones cuentan que la piedra aún

vibraba bajo sus dedos, latiendo como un corazón humano.

Desde entonces gentes de lo más variopinto comenzaron a instalarse en los alrededores de la zona, que era otra vez fértil y buena para cultivar. Primero fueron unas cuantas casas rodeando la roca, poco tiempo después las casas formaron una pequeña aldea. Para cuando las noticias llegaron a la Iglesia de Roma y esta se decidió a enviar a uno de sus ministros a verificar la validez del milagro, ya se gestaba el germen de una gran ciudad. Aquel ministro italiano observó todo aquello, tomó la declaración de cada aldeano y recogió información de todos los símbolos y hechos. Se dice que no tanto las historias como la visión de la piedra lo impresionaron sobremanera, y que a su vuelta a Roma habló maravillas del suceso al Sumo Pontífice. Se dice que incluso el mismísimo Papa llegó a visitar de incógnito la nueva ciudad. Que la Iglesia de Roma tuvo miedo de perder la sede de su poder ante las evidencias de un lugar realmente sacro. Y se cuenta que un maestro artesano fue pagado por una mano negra para construir una catedral y una muralla utilizando la parte emergente de esa piedra que latía como el corazón y que se levantaba orgullosa sobre

la ciudad naciente. Muchos se opusieron, algunos fueron acallados y otros simplemente desaparecieron. Fueron tiempos agitados, sin duda. Finalmente, la piedra fue despedazada y catedral y muralla levantadas.

Y una tarde, el hombre santo que abrazara en su día la roca y que era ya muy viejo, salió de la ciudad amurallada y no volvió jamás. Uno de los soldados que vigilaban las puertas lo vio el día de su partida, apostado al atardecer junto a la cara exterior del muro norte. Pretendiendo averiguar qué hacía el anciano fuera de la ciudad en aquellas horas intempestivas, se dirigió a su encuentro. Pero cuando llegó allí, el anciano se había esfumado. No obstante, había dejado algo pintado en la muralla: la imagen de una piedra colosal saliendo de las aguas y cubierta de llamas. Madrerit, la de la piedra Madre, la piedra Corazón. Así obtuvo su nombre la ciudad, y así fue como la roca llameante se convirtió en su emblema.

—Ni que decir tiene —continúa el señor Pelayo— que este emblema ha variado con el paso de los siglos. Aunque los musulmanes que ocuparían posteriormente la ciudad respetaron las viejas

historias y adaptaron su nombre y su significado al mudéjar Mayrit, con la reconquista y los sucesivos traslados de la corte se harían necesarios cambios. Una cara nueva para la ciudad floreciente, nueva imaginería, nuevas leyendas. Y la verdadera historia, antiquísima, casi ha desaparecido de la memoria colectiva; en el mejor de los casos se habrá desvirtuado en su transmisión. De hecho, la leyenda que ahora te cuento ha sido modificada por mi forma de narrarla, así como mi abuelo la cambió irremediabilmente el día que me la contó a mí...

—¡Oiga! —Los diez minutos se han ido volando; la viejita teñida de rubio platino ya ha terminado de manosear los bollos y patea el suelo impaciente—. ¿Ha terminado usted de pedir? ¡Que aquí no tenemos todo el día!

El encanto se rompe y la panadería se convierte de nuevo en una tienda corriente y el señor Pelayo, en el orondo panadero del barrio. Lola le da las gracias más por el cuento que por el pan y, disculpándose ante la furibunda mujer, sale al sol mentiroso de septiembre. Más le vale olvidarse de historias y centrarse en cumplir sus tareas. Camina despacito porque va muy cargada con todas esas bolsas y no quiere que se le caiga nada, que seguro

que Antonio se da cuenta. Antonio posee una especie de sexto sentido para localizar los desperfectos en las cosas. Y aunque la panadería no está lejos de casa, Lola llega a la plaza agotada, sudorosa y bastante dolorida de la espalda.

La pintura sigue donde siempre para regocijo de Lola, que hoy la contempla con nuevos ojos. «Vaya», piensa, «el agua purificada, la roca en llamas y la ciudad alrededor. Tengo el corazón de la ciudad frente a mi ventana. Los muros ardientes son fuertes, y resisten.» Y quisiera hablarles de su nuevo descubrimiento a su madre y a Ana. Solo que ellas ya no están allí. Allí solo está Antonio, y él no quiere saber de las piedras más que para usarlas en su trabajo.

Apoyado en la fachada, justo bajo la pintura, hay un adolescente que le hace señas. Lola intenta ignorarlo, pero el muchacho la llama con voz rota. «¡Señora! ¡Señora!», una y otra vez. Sostiene la llave del portal en la mano y entonces se lo piensa dos veces, se gira y camina hacia él. Como bien le gusta recalcar a Antonio, siempre ha sido de carácter compasivo y, por tanto, débil. El chico que está sentado en el suelo tiene la ropa sucia, granos abiertos entre las barbas mal afeitadas y el pelo

alborotado. Lola advierte ese brillo inconfundible en sus pupilas: es un drogadicto, una anónima víctima más de la heroína.

—La he visto salir de la esquina —le dice el muchacho— y tenía pensado pedirle algo de dinero, pero entonces me he fijado en esa bolsa de naranjas tan apetecibles que lleva... ¿Podría darme una, señora? ¿Solo una? Hace tanto tiempo que no como naranjas...

Lola se muerde los labios. ¿Y cómo negarse? A fin de cuentas el pobre desgraciado está pidiendo comida... Coloca estratégicamente las bolsas en el suelo y abre el saquito de las naranjas. Escoge una bien grande y se la tiende al muchacho, que la atrapa con avidez entre sus manos de uñas rotas. El chico muerde la naranja con cáscara y todo, deleitándose con su sabor.

—Gracias, señora, mil gracias. —El jugo de la fruta le resbala por el mentón—. Mejor así, mejor que el dinero ahora... Si me hubiera dado dinero, no habría comido naranjas...

Lola levanta las bolsas y se dispone a marcharse cuando el chico hace presa en una de ellas, reteniéndola.

—Sé que mira a menudo ese dibujo. Muchas veces.

–¿Qué...? –Tira de la bolsa–. ¡Te he dado la naranja! ¡Suéltame!

–Sí... Se queda con los ojos fijos en la piedra que arde. ¿Y sabe una cosa? A veces también usted parece arder, toda envuelta en llamas, jajajajaa...

El chico suelta la bolsa por fin y comienza a retorcerse en la acera presa de una risa enloquecida. Algunos paseantes contemplan desconcertados la escena y los más curiosos comienzan a acercarse, acechantes, como buitres alrededor de la carroña. Lola corre a toda prisa hacia el portal.

–¡Usted arde, señoraaaa! ¡Como la piedra!

Lola llorando en el sofá del salón. Son las once y media de la mañana de un frío 20 de diciembre. Afuera se escucha la música de los villancicos en los colmados, el rumor amortiguado del bullicio en las calles, las risas de los chiquillos que han decidido no ir al colegio. En el interior de la casa, todos estos sonidos se mezclan con los suaves sollozos de Lola. Sus manos temblorosas sostienen el test de embarazo, teñido de un rosa violento que presagia la tragedia. Aún no puede creer que lleve casi cuatro meses preñada. No le supone ningún esfuerzo remontarse al origen del problema. Tuvo que ser

aquella vez en la que felizmente pensaron que tenían la situación bajo control. Que si Ogino, que si los astros y las mareas, que si... que si puñetas. Claro, luego ella tuvo su regla normal, inmediatamente después. Y el que su menstruación sea, por decirlo de algún modo, irregular tampoco la ha beneficiado. ¿Cómo iba a imaginarse que sus habituales retrasos de dos o tres meses obedecían a otro fenómeno distinto, tan inesperado como indeseable? Y lo peor de todo, ¿cómo se lo va a plantear a Antonio?

Hablar con Antonio, eso es lo que más la asusta. Porque hace tiempo que Lola sabe bien de lo que es capaz su marido. «En la riqueza y en la pobreza... hasta que la muerte nos separe», se dice. Por primera vez en mucho tiempo, se sorprende pensando en el infierno en que se ha convertido su vida desde que las cosas comenzaron a complicarse. A Antonio lo echaron de la constructora. Reducción de plantilla, le dijeron entonces. Se gestaba el germen de la crisis del ladrillo y la cruda realidad era que mantener a un obrero con un contrato medio digno, con su Seguridad Social y un sueldo aceptable, ya no salía rentable. Antonio tuvo que emplearse por su cuenta en obras ocasionales; mal pagadas, peor reconocidas. Adáptate o desaparece. Antonio respiraba

frustración desde que el despertador lo ponía en pie por las mañanas. Pese a todo, no le permitió trabajar. ¿A dónde iba a ir ella, con algo más que unas cuantas asignaturas pendientes para siquiera poder diplomarse? Y si en algún momento se planteara emplearse en algún hogar, o como camarera en alguna cadena de comida rápida, ya se ocupó él de echar por tierra sus iniciativas. El dinero comenzó a menguar, la hipoteca a ahogarlos lentamente. El carácter de Antonio se agrió, su humor, si alguna vez lo tuvo, fue a peor. Cada vez más irascible, la irritación se fue tornando furia mal contenida. Lola recuerda que aun cuando la vida les sonreía, al hombre que ella amaba a veces lo suplantaba un perverso desconocido que disfrutaba haciéndole daño. Un desconocido que se había asomado a través de los ojos de Antonio hacía ya mucho tiempo, una vez en un coche bajo las estrellas. Un desconocido con el que ahora comparte su casa y su cama la mayor parte del tiempo. Ya apenas ve a su Antonio en el cuerpo de su marido salvo en contadas ocasiones. A la sazón se pregunta si en algún momento llegó a existir o es que realmente se halla perdido en algún rincón de su ser.

Lola se levanta y se acerca al espejo que hay en el recibidor. Es uno de esos artículos de aire rococó, con el marco de bronce tallado con intrincados relieves. El cristal pulido reluce, ella siempre lo limpia con esmero. Una mujer pálida y ojerosa le sostiene la mirada. La mujer se ahueca rápidamente la pechera del delantal, disimulando así la tripilla incipiente. Y ella que pensaba que ese volumen extra era tan solo el flotador post-veraniego. La mujer del espejo ríe y Lola, animada por una nueva resolución, se dirige al teléfono.

En su mente se imagina llamando a casa. Su madre o Ana cogiendo el teléfono, ella contesta y bla, bla, bla. Lágrimas y arrepentimientos, palabras cariñosas y después ella cuenta su noticia y ellas se alegran tanto y van a visitarla. ¡Qué bueno sería que esas Navidades ambas estuviesen a su lado para celebrar la llegada del bebé! Marca el número despacio y espera. Ring, ring, ring. Dos veces. Tres veces más. Alguien coge el teléfono. Y entonces Lola cuelga. No puede. En su fantasía hay algo que no encaja y ese algo se llama Antonio. A veces su imaginación se desboca y va más allá: su madre y su hermana que vienen para llevársela, inflexibles. Nunca le dura el pragmatismo lo suficiente y las

dudas ocasionales la embargan de culpabilidad. ¿Cómo va ella a abandonar a su marido, así como así?

Él llega a las tres, tan puntual como siempre. Apenas pronuncia palabra cuando se sienta en la mesa, con suerte emite algún leve gruñido mientras engulle las lentejas. Los gruñidos siempre son señal de un mal día, así que Lola evita iniciar cualquier tipo de conversación y, prudentemente, decide abordar el tema en otro momento menos delicado. Tras una ligera siesta de un cuarto de hora, Antonio se levanta, se calza y la besa en la mejilla, todo antes de marcharse con un sonoro portazo. Sola otra vez, los pensamientos de Lola oscilan entre el color rosa del test y el tiempo que le queda antes de que Antonio regrese de nuevo.

La azafata pelirroja está cantando las unidades de millar cuando Antonio entra por la puerta. Lola, que ha regresado a la cocina tras su breve flirteo con el teléfono, escucha un desafinado silbido en el salón. «Bueno, parece que viene contento», se dice. Y agradece aliviada que la jornada vaya a terminar en paz.

—¡Lola! —llama Antonio—. ¡Trae esos cacharros, que esta noche vengo con un hambre canina! Aprisa, muchacha, ya voy poniendo yo el mantel.

Y va a ser verdad, eso del hambre canina. En un santiamén Antonio está sorbiendo los últimos restos de sopa y Lola coloca pulcramente sobre la mesa el segundo plato, un estofado de carne con patatas fritas y pimientos de los que no pican (¡Antonio detesta el picante!). Animada por cómo ha concluido el día, le cuenta que ya que se acercan fechas tan especiales, le ha cocinado la carne con ese guiso de brandy y hierbas que tanto le gusta. El alegre parloteo de Lola continúa aún unos segundos más; justo lo que tarda en advertir que Antonio no la está escuchando, concentrado como está en el plato de patatas.

—¡Ja! ¡Vaya! ¡Qué te parece! —señala la guarnición. A la luz mortecina del salón, Lola advierte horrorizada que algunas de las patatitas se han dorado más de la cuenta, manchas marrones entre el dorado perfecto—. ¡Vamos a cenar patatas morenitas! ¡Patatas bronceadas!

La rapidez y la violencia del bofetón la pillan por sorpresa y Lola cae al suelo.

–Vaya por Dios, Lola. ¿Es que siempre tienes que cabrearme? Y mira que el día había empezado a mejorar y resulta que vas tú y decides tostarme las putas patatas...

Aturdida por el golpe, Lola se apoya sobre las manos para incorporarse. Antonio se acerca a ella y la agarra brutalmente del pelo, obligándola a levantar la cabeza. La mira fríamente a los ojos mientras susurra las tan temidas palabras que Lola ha oído en demasiadas ocasiones.

–Ahora voy a tener que castigarte, para que te metas cómo hay que hacer las cosas de una puta vez en la cabeza. Pero puedes estar tranquila: estamos casi en Navidad, así que hoy no voy a dejarte marcas en la cara...

Lo ve venir a cámara lenta, y su gesto se demuda por el terror. «¡No, Antonio, no!», quiere gritar ella. «¡En el vientre no!» Pero Antonio golpea fuerte lo quieras o no, todo un señor chupinazo de cuando de niño jugaba al fútbol con los alevines del Getafe, y ella siente cómo se rompe por dentro y algo viscoso y terriblemente cálido humedece sus ingles. El aullido de Lola colma la noche, y los vecinos tendrán que esforzarse de verdad si pretenden acallar lo que sucede tras las paredes con un simple televisor a

todo volumen. Durante unos breves instantes, el hombre la contempla, perplejo, sin saber muy bien qué está ocurriendo. Unos instantes que Lola aprovecha para levantarse todo lo rápido de lo que es capaz y correr a encerrarse en el baño. Una brillante estela carmesí revela, delatora, el camino de su huida.

Lola se arrastra por las blancas baldosas del baño entre desgarradores dolores y virulentas contracciones. Un cuchillo ardiente la atraviesa de parte a parte. ¡No! ¡Su bebé! Su cuerpo pequeño se contrae y sus manos se aprietan contra la pelvis, luchando contra las fuerzas que se empeñan en que *aquello*, que comienza a ser un niño, salga de ella ahora. La sangre anega sus braguitas de algodón, sus manos, su falda, su delantal. Lola grita cuando el peso cae a través de su vagina, en un chorro de sangre y fluidos, brevemente contenido por la ropa interior. Y vuelve a aullar hasta desgañitarse cuando *aquello* resbala entre sus piernas y se le escapa del cuerpo entre las costuras de las bragas. La puerta del baño se comba pero aguanta firme las embestidas de Antonio, cuyos bramidos se pierden entre los chillidos de Lola.

Al borde de la inconsciencia, Lola se esfuerza por continuar despierta, por mantenerse en pie. Se agarra con fuerza al inodoro, dejando la huella roja de dos manos en la porcelana, y se aúpa penosamente. Su abdomen arde y al incorporarse apenas puede contener la náusea que le provoca sentir el golpeteo de ese hilillo de carne que rebota obscenamente entre sus muslos cuando se mueve. Sabe que está perdiendo mucha sangre y que tiene que deshacerse de *aquello* cuanto antes, así que se mueve hacia el lavabo. Encima hay un armarito de color blanco y decorado con delicadas flores violetas. Dentro es donde guardan las tijerillas para las uñas, pequeñas y afiladas, pero eficaces. Remueve con descuido cepillos de dientes, colonias y loción de afeitar hasta que por fin encuentra lo que busca. Lola sostiene las tijeras en una mano trémula antes de dirigir la hoja hacia sus ingles.

Sput. El corte es limpio y *aquello* cae al suelo por fin, con un ruido húmedo y pegajoso a la vez. Las tijeras resbalan hasta el desagüe, los dedos de Lola aprietan el borde del lavabo palideciendo bajo el rojo que los mancha. Respira con dificultad una vez, dos, tres veces antes de bajar la mirada. A sus pies vislumbra un pequeño pompón rosáceo unido a un

coágulo púrpura. Hay dos pequeñas cositas negras sobre el pompón y lo que parecen dos pares de extremidades. Y entonces *aquello* se mueve. Su hijo, que se retuerce desvalido sobre las baldosas blancas del cuarto de baño.

Esta vez, el grito de Lola surge más allá de su garganta, más allá de su ser. Los ojos en blanco, la boca abierta en una mueca imposible, mostrando unos dientes feroces, los dedos estrujando la porcelana. *Fui sobre agua edificada*. Y luego el fuego. El fuego que asciende en oleadas desde su interior. *Mis muros de fuego son*. Y Lola estalla en llamaradas rojas y blancas, la sangre hirviendo, la piel arrugándose, consumiéndose a cada segundo. La mujer en llamas abre la puerta del baño, que arde con premura ante el contacto de sus manos. Y tras la puerta Antonio, un conejillo asustado que huye por el pasillo cuando la ve emerger del cuarto de aseo, toda furia, todo fuego. Ella lo persigue, girando por el pasillo, incendiándolo todo a su paso. *Chocolaaate, moliniillo, corre, corre... ¡que te piiillo!* Alimentado por el odio de Lola, el fuego se propaga veloz y con una virulencia sobrecogedora, y le gana la carrera a Antonio para cuando este logra alcanzar la puerta de entrada. «¡Auuuu!», gime Antonio, y

retira una mano en carne viva, abrasada por el pomo al rojo.

Antonio siente el infierno a su espalda y sabe que la tiene justo detrás; se gira despacio, con el lento arrastrar del condenado. Ella se yergue ante él, la visión de lo que fue una mujer ennegrecida y ampollada por el fuego que brota a través de su piel. Y por primera vez en muchos años, el hombre llora como un niño. De miedo, de desesperación, de dolor. Lola sonríe, complacida. El aire se está calentando muy deprisa, las temperaturas ascienden vertiginosamente y parece que a Antonio le cuesta respirar. (¿Le dolerá, le dolerá?). Tras la puerta de entrada, ahora pasto de las llamas, Antonio escucha los gritos de los vecinos, las carreras por el pasillo, el crepitar del fuego que se extiende por el antiguo edificio. ¿Eso que suena a lo lejos podría ser la sirena de los bomberos? Y casi al final, cree que hay esperanza. El muy iluso. Lola lo atrapa entre sus brazos de fuego y sus órganos estallan, sus venas estallan, su piel se carboniza en cuestión de segundos: Antonio arde con ella. Y mientras se consume entre las llamas, Lola le susurra: «Te quiero, claro que te quiero».